

aventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»

Acabó el P. Antonio la lectura de estos tristes renglones, y permaneció algunos instantes pensativo; después movió la cabeza como quien se afirma en una resolución adoptada, y, abriendo el *Breviario*, comenzó sus rezos con más fervor que nunca.

CAPÍTULO XXI.

Dios lo quiere.

Al día siguiente encontró el médico á Rosalía casi limpia de calentura: sólo quedaban en el pulso las huellas de la fiebre: no obstante, la tuvo tres días en la cama.... Esta crisis de su naturaleza, según el médico, dejó en su espíritu un elemento de tristeza que inútilmente trataba de ocultar, porque su madre y el P. Antonio, que de continuo la observaban, advertían los esfuerzos con que pretendía disimular la pena interior que la devoraba.

Había salido ya de la convalecencia, que fué larga, porque se había apoderado de su ser una languidez extrema y persistente, y ni una vez siquiera había preguntado por Gabriel: este nombre no salía nunca de sus labios.

La tristeza de Rosalía se reflejaba en toda la casa; las flores del jardín, casi abandonadas, morían devoradas por la maleza que crecía en los tiestos; las enredaderas desfallecían, los peces del estanque morían uno á uno, y el mirlo no silbaba, porque no oía la voz de su ama; el piano había enmudecido: sus cuerdas, flojas y desafinadas, no tenían ya más

que notas lúgubres; César, en fin, acurrucado siempre á los pies de Rosalía, sólo se mostraba contento cuando ésta lo acariciaba, pasando la mano por su enorme cabeza; entonces agitaba la cola con impaciencia, lamía la mano que lo acariciaba, y gemía dulcemente: fuera de estos momentos, su aspecto era sombrío, su andar grave y su mirada fiera. Algunas veces salía al jardín, y alzando el hocico olfateaba con ansia, y como si su olfato encontrara en el aire alguna huella aborrecida, erizaba el lomo, enseñaba los dientes blancos y afilados, y roncaba con rencorosa furia.

Á su tiempo la viuda y el P. Antonio discutieron en conferencia secreta el grave punto de la ausencia de Gabriel. Era difícil ocultarle á Rosalía este nuevo golpe de su triste suerte, y era al mismo tiempo peligroso darle una noticia cuya impresión podía comprometer seriamente su salud todavía quebrantada. Y en todo caso, ¿cómo había de dársele esta noticia?...

¿Se encogerían de hombros á sus preguntas, ó le darían á conocer el verdadero motivo de aquella desaparición repentina?... En el primer caso, era abandonarla al tormento de crueles sospechas, era hacerla concebir la idea de una ingratitud ó de una inconstancia que llenaría de amargura su corazón. En el segundo caso, era dar pábulo á aquel amor naciente, que en verdad no empezaba con muy risueños auspicios. Desde luego el generoso rasgo de Gabriel había de aumentar en Rosalía la viva inclinación que le profesaba; el sacrificio que hacía huyendo de ella aumentaría á sus ojos el atractivo que desde un principio había ejercido en su alma, y no se consolaría jamás de haber sido ella la causa de su desgracia.... Por ella se alejaba de su padrino,

y solo, huérfano y desamparado, iba á perderse en las tempestuosas soledades del mundo.

La viuda y el P. Antonio no sabían qué partido tomar; y después de largas discusiones, resolvieron guardar silencio mientras Rosalía no abordara la cuestión con alguna pregunta directa, y entonces convinieron en no ocultarle nada. Esto esperaban; mas es el caso que Rosalía ni directa ni indirectamente hacía pregunta alguna; y si al principio temieron que la hiciera, después deseaban que la hiciese.

Habían discutido también otro punto sumamente difícil; á saber: qué conducta debía seguirse con el comandante. Acerca de esto tenía el P. Antonio formada una resolución terminante, y para explicarla con más decisión y con más energía, apelaba á las frases más ejecutivas de su lenguaje bélico.

—Para el comandante (decía) no hay cuartel: hay que ir á buscarlo á sus posiciones, y darle una carga á la bayoneta. Ya sé yo que él quemará hasta el último cartucho; pero si V. se decide á tirar bala rasa, entrará en negociaciones, y se rendirá á discreción. Capitularemos: que nos devuelva á Gabriel, y que se vaya con dos mil de á caballo. ¡Ea! Señora, á V. le toca romper el fuego: la primera descarga debe ser á quemarropa; esta, por ejemplo: «Jaime, eres un malvado.»

La viuda oía los proyectos guerreros del P. Antonio cruzando las manos y bajando los ojos.

—Si V. no se determina (seguía diciendo), yo desplegaré mis guerrillas: yo le amenazaré en nombre de Dios con todo el fuego del infierno.... ¿No?... Bien: en ese caso tengan Vds. una conferencia; échele V. en cara lo abominable de su conducta; dígale V. que los muchachos se quieren, y que es impo-

sible separarlos.... Nuestras posiciones son inexpugnables.

Movía la viuda la cabeza en ademán dudoso, perplejidad que para el P. Antonio era incomprensible.

—Todo será inútil (replicaba la madre avergonzada y afligida), si Dios no hace un milagro. Mi hermano ha concebido por Rosalía una pasión infernal, y no hay freno que lo contenga, porque cuando Dios huye del corazón humano, el hombre se convierte en bestia. ¡Infeliz! Mil veces más infeliz que la inocente criatura á quien ha ultrajado.... Más infeliz, mil veces más infeliz que su propio hijo, á quien ha alejado del dulce calor de nuestro cariño.

—¿Es decir (preguntaba el P. Antonio), que nos hemos de cruzar de brazos y sufrir en silencio?

—Le temo á su impiedad (contestaba ella), le temo al escándalo, y le temo á la violencia de su carácter. No debemos ser nosotros los que provoquemos una escena que sería deplorable y que empeoraría la situación en que nos encontramos. Tenga V. en cuenta que Gabriel es su hijo.

—¿Y qué hemos de hacer?—volvía á preguntar el P. Antonio.

—Guardar en el fondo de nuestro corazón este triste secreto, compadecerlo, y esperar.

—De todas maneras (insistía el P. Antonio, no plenamente convencido por las razones de la viuda), conviene sacar de aquí á Rosalía.

—He pensado en ello (añadía la viuda); pero ¿está V. seguro de que no nos seguirá?

Estas discusiones se repetían siempre que la ocasión se presentaba; esto es, siempre que se hallaban solos, lo cual no dejaba de ser frecuente, porque Rosalía pasaba muchas horas en su cuarto.

El P. Antonio concibió la idea de escribirle á Ga-

briel una carta, dándole noticia de la enfermedad de Rosalía, y dejándole entender que las pretensiones del comandante no tenían pies ni cabeza, y que su ausencia los tenía á todos muy tristes.

Cogió la pluma, trazó una cruz sobre el papel, y comenzó su carta. Después de escrita, la leyó detenidamente, y quedó satisfecho de su contenido. Había estado feliz al escribirla, y quedó muy contento al leerla. Aquella carta iba en busca de una respuesta.

Cerróla, y al poner el sobre se quedó suspenso, porque, ¡ya se ve!, no sabía á dónde dirigirla. Gabriel no había dicho dónde iba, y no se sabía dónde paraba, y ¡vaya V. á dirigir una carta á un hombre que se ignora dónde para! Hasta entonces no había pensado en esta circunstancia indispensable. Gabriel podía haber vuelto á Sevilla, podía haber ido á Madrid, podía haberse dirigido á Barcelona; ¿á dónde, pues, dirigir la carta? Aun así y todo, se le ocurría al padre Antonio la ingeniosa idea de escribir dos cartas más, y dirigir una á Barcelona, otra á Madrid y otra á Sevilla; pero no llevando más señas que el nombre del pobre músico, era lo mismo que echarlas en un pozo.

Con gran sentimiento renunció al recurso de la carta.

Hacía ya muy cerca de tres meses que Gabriel había salido del pueblo, ausentándose de la manera que sabemos; y en todo ese tiempo no se había recibido de él noticia alguna: parecía que se lo había tragado la tierra. La viuda y el P. Antonio empezaban á hacer de tan obstinado silencio muy tristes augurios.

¿Le habría sucedido alguna desgracia? No podían creer que los hubiera olvidado tan pronto.

En cuanto á Rosalía, observaba una conducta análoga; el nombre de Gabriel no había salido ni una vez siquiera de sus labios, y tampoco era posible en ella tan repentino olvido. Si había concebido la idea de una ingratitud; si presumiendo, como era natural, la ausencia de Gabriel, la atribuía á la inconstancia de su corazón, era demasiado ingenua para no confiarle á su madre sus amargas sospechas. Á lo menos, ¿no sentía curiosidad por saber la causa de tan misteriosa desaparición?... La misma reserva que advertía en su madre y en el P. Antonio, ¿no excitaban su interés? ¡Vamos!, esto era inexplicable, y, por consiguiente, extraordinario.

Así pasaban los días, esperando la viuda y el padre Antonio una carta de Gabriel y una pregunta de Rosalía.

Aquel silencio iba siendo cada vez más embarazoso y más difícil de romper.

La madre observaba á su hija con penosa inquietud, lleno su espíritu de oscuros presentimientos.

¿Qué pasaba en el corazón de Rosalía?

Esta pregunta no alcanzaba nunca una respuesta satisfactoria.

La madre no fijaba una vez los ojos en su hija sin que ésta no recibiera las solícitas miradas de su madre con una sonrisa llena á la vez de dulzura y de tristeza.

Entre tanto, advertía con hondo sobresalto que la convalecencia se prolongaba de una manera alarmante; no comprendía cómo una enfermedad tan rápida había podido producir una convalecencia tan larga.

Este era otro misterio que llenaba de angustia el corazón de la madre.

¡Otro misterio! ¿Y por qué no había de ser el mismo?

Ello es que Rosalía se desmejoraba visiblemente.

Sus grandes ojos negros habían adquirido un resplandor extraño, como si se reflejaran en ellos los rayos invisibles de una luz lejana.

Cuando alzaba los párpados levantando al cielo la mirada, parecía que su espíritu iba á escaparse.

Aquellos ojos siempre negros, siempre grandes y siempre hermosos, eran entonces más hermosos, más negros y más grandes.

Á la vez, los contornos de su boca habían adquirido una expresión de bondad indecible; sonreía con dulce tristeza, como si la pena que ocultaba en su alma estuviera exenta de toda amargura.

Si en el cielo hay tristezas, en la sonrisa de Rosalía se reflejaba alguna vaga sombra de las tristezas del cielo.

Cubría sus mejillas una palidez extrema, enflaquecían sus miembros delicados, y poco á poco desfallecía su juventud, como si se sintiera abrumada por el peso de la vida.

Una tos pertinaz y frecuente había enronquecido el timbre de su voz, dando á su acento notas oscuras, notas lúgubres. Podría creerse que la vida, huyendo de su cuerpo, se había refugiado toda en su alma.

La viuda notaba estos estragos, que no podían ocultarse á sus ojos, llenos de la tierna solicitud que para con sus hijos ha puesto Dios en el corazón de las madres; pero Rosalía no se quejaba nunca; aseguraba no sentir dolor ni incomodidad ninguna; siempre se hallaba bien; cada día se encontraba mejor, mostrándose más cariñosa con su madre.

—Hija mía (le dijo un día la viuda): esta noche has dormido poco.

—No (le contestó); he dormido bien.

—Sí (replicó la madre), has dormido; pero tu sueño no era tranquilo.

—Alguna pesadilla (dijo Rosalía): yo no la recuerdo; al contrario, más bien tengo idea de un sueño muy agradable.

—¡Muy agradable!

—¡Oh! Sí.

—Pues, ¿qué has soñado?

—He soñado....

—¿Qué?

Detúvose algunos instantes pensativa, como quien trata de precisar un vago recuerdo, y después dijo:

—Se ven en los sueños cosas inexplicables.

—Pero ¡bien! ¿tú qué has visto?

—He visto una cosa semejante á una nube resplandeciente, y á sus pies se tendía el arco iris: llegaban á mis oídos acentos acordes y suaves de una música que llenaba el alma de dicha inefable, y á la vez cantaban voces invisibles himnos que no caben en las lenguas del mundo, y me parecía que respiraba una atmósfera pura, en que el aire tranquilo se hallaba perfumado por esencias desconocidas. Yo no sé dónde me encontraba; pero creía verme suspendida, como si tuviera alas, como si flotara en un mar de ondas impalpables. Si hay algo en la tierra con que comparar este sueño, que no acierta á retener mi memoria, le diré á V. que me pareció estar en la Iglesia, en el momento en que se levanta el velo del tabernáculo y aparece la custodia entre el humo del incienso y los cantos del órgano. Eso que vemos despiertos, no es más que una sombra de lo que yo he visto dormida. Ha sido un

sueño hermoso, y he sentido pena al despertarme.

La viuda no hizo más preguntas; y cuando el padre Antonio supo por ella lo que Rosalía había soñado, bajó humilde y silenciosamente la cabeza, como sometiéndose á los inescrutables designios de la Providencia, y después dijo:

—Se le ha anticipado la visión de la dicha que le espera.

Y viendo que la viuda se deshacía en lágrimas, añadió:

—Señora, Gabriel lo ha dicho, y nosotros debemos repetirlo: ¡Dios lo quiere!

La viuda poseía el sublime valor que la fe infunde en las almas sencillas; pero sus ojos eran ojos mortales, y no podía contener en ellos el llanto cuando se hallaba sola y podía abandonarse al consuelo de las lágrimas.

El médico hacía frecuentes visitas á la enferma, y la madre había observado que entre el médico y su hija existía cierta secreta inteligencia: cambiaban miradas en las cuales parecía como que se decían algo; usaban medias palabras, cuyo completo sentido ellos solos entendían, y solían algunas veces hablar en voz tan baja, que era imposible oír lo que se decían.

Esto era singular, y la viuda no sabía á qué atribuir este nuevo misterio.

La pobre madre, atribulada, no dormía, no descansaba, no vivía; espiaba en el semblante del médico los síntomas favorables ó adversos de aquella enfermedad que iba paso á paso y día por día consumiendo la vida de su hija.

El médico evadía discretamente las preguntas que solía dirigirle, y en cuanto á Rosalía, la madre, temerosa de que comprendiera el verdadero estado

de su salud, alejaba toda conversación que pudiera despertar en ella la terrible sospecha.

No se atrevía á temer, no se atrevía á esperar, y viendo que su hija desaparecía como los resplandores de una luz que se apaga, animaba su espíritu, diciendo en el fondo de su alma:

—¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!

CAPÍTULO XXII.

Loco, loco.

Cuando el capellán del cementerio llegó al punto del relato en que yo lo dejé al terminar el capítulo antecedente, permaneció algunos instantes como sumergido en honda reflexión; movía la cabeza lentamente, queriendo, sin duda, confirmar con sus ademanes la certidumbre de sus pensamientos, ó tal vez indicaba el asombro profundo que nos causa la claridad con que la fe ilumina á los ojos del alma las oscuridades de los misterios, y podían ser ambas cosas á un mismo tiempo, porque cruzó las manos, y bajando los ojos, exclamó de esta manera:

—¡Qué sabiamente dispone Dios todas las cosas para los altos fines de su misericordia y de su justicia!

Tan hermosas palabras desahogaron la profunda tristeza que en aquel momento embargaba su ánimo; pues dejó ver una dulce sonrisa, y levantando los ojos al cielo con expresión casi inefable, añadió:

—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Después me miró fijamente, y dijo:

—Dichosos ellos.